

CONTRA LA INQUISICION

EL PADRE FEIJOO

BENEDICTINO UNIVERSAL

THEATRO CRITICO
UNIVERSAL,ò Discursos varios en todo genero de materias,
para desengaño de errores comunes:

ESCRITO

POR EL MUY ILUSTRE SEÑOR

D. FR. BENITO GERONIMO FEIJOO Y MONTENEGRO,
Maestro General del Orden de San Benito,
del Consejo de S. M. & C.

TOMO PRIMERO.

NUEVA EDICION CORREGIDA Y AUMENTADA.



MADRID. M.DCC.LXXXL

Por BLAS ROMAN, Impresor de la Real Academia de
Derecho Español y Público.

Se ballará con los demás Tomos en el Monasterio de S. Martin.

El sabio Benito Jerónimo Feijóo y Montenegro llegó a este bajo mundo el 8 de octubre de 1676, en Casdemiro (Orense) y falleció en Oviedo el 26 de diciembre de 1764.

En preciosa existencia de casi 86 años puede enmerosearse, por lo que a España se refiere, entre el rey más imbécil que han padecido los españoles (Carlos II) y el más bueno y eficiente (Carlos III)... Frente a los cuatro reyes de este trascendental período (Luis I no cuenta) si miramos al Vaticano nos encontramos con ocho papas, desde Inocencio XI a Benedicto XIV, este último, además de amigo, devoto admirador de Feijóo y sus meridianas obras... En cuanto a Francia, la Revolución que estalló un año después del reinado de nuestro Carlos III, alentada inocentemente por el microcéfalo Luis XVI y su muy amante esposa sobre la plataforma de la Enciclopedia levantada por Diderot, Montesquieu, Voltaire, Rousseau y otros preciares varones que, en 1781, se despertaron sin remilgos a los cuatro vientos...

Remarco tales detalles porque Feijóo vivió siempre muy al día, no sólo atento a lo que en casa se oía —muy poco—, sino por lo que se oía más allá de nuestras fronteras. Este interés, este afán de saber, ya constituía pecado para ciertos ecémlas reinantes en aquel entonces.

Una sola anécdota bastará para orientarnos. Ya de sí la ignorancia es despreciable, pero lo que la hace aún más despreciable es su manifiesto odio a la cultura. Y la cultura en España descendió quizá su más bajo nivel en tiempos del último Austria —¡no olvidemos que sus propios súbditos le encasquetaron el sobrenombre de «El Hechizado»!—; pues bien, a María Luisa, su primera esposa, le obsequiaron con unos pagayos, no sé si de La Martinica, probablemente para que le distrajeran en sus muchos ratos de ocio; pero una dama de la corte, sin duda para hacer méritos patrióticos, los metió sin compasión, «indignada de oírlos hablar francés» —que ella seguramente no entendía—, y aquellos míseros animales pagaron con la vida el gran delito de haber sido doctrinados en París en algunas voces de la lengua francesa», nos informa Feijóo en su Carta XVI del tomo II de su inmortal obra.

Desde las altas se impartía, pues, el más acérrimo desprecio, odio mejor dicho, a todo lo francés.

Y vaya por delante que algunas de aquellas rebosadas «lumbres» encamadas rebautilizaron a Feijóo llamándole el «Voltaire español», con la aviesa intención de que lo purificaran tostándolo en lo alto de una magnífica pira; pero los «buenos» no se callaron con la suya, porque, como veremos más adelante, la seriedad y diplomáticas formas de nuestro benedictino eran prácticamente ilimitadas.

Geográficamente hablando, Feijóo fue hombre de áreas muy reducidas. Casi toda su vida se la pasó en Oviedo. Apenas viajó. A Madrid se llegó pocasísimas veces, y sus estancias en la villa y corte fueron fugaces. Pero tal «falta» nada resta. Menos aún viajó Kant, quien, según afirman, jamás salió de Königsberg, lo

es más de admirar: los sabios del mundo sabían de esta celda y de su morador.

Al acabar el siglo XVII se acabó también para España la llamada Casa de Austria. Y, en su lugar, sentó sus reales la Casa de Borbón. Feijóo contaba en aquel entonces 24 años. Detalles muy decisivos de los que no se debe prescindir.

Comenzó, pues, el reinado más largo de la historia de España (1700-1746), el de Felipe V. En el calendario traza una paralela nada plutarquiana con la ingente labor del polígrafo benedictino, quien supo capear las irracionales embestidas de los discípulos del «piadoso» Gregorio IX —el sádico nonagenario inventor de las hogueras purificadoras que funcionaban desde el siglo XIII—, discípulos todavía enraizados en nuestra dolorida patria.

Las dos obras más famosas de Feijóo son «Teatro Crítico» (6 volúmenes aparecidos de 1726 a 1740) y «Cartas Eruditas» (5 volúmenes, de 1741 a 1760). La edición más valiosa quizá sea la de 1781, aparecida después de su muerte y que incluye otros dos tomos de textos póstumos.

Quizá más de uno demasiado avisado sospechará que Feijóo era un hereje camuflado, o algo así equivalente a los curas comunistas de ahora. ¡Cuidado!: a los tales avisados no les entra en la mollera un sano liberalismo; son patológicamente cerrados.

Don Vicente de la Fuente nos legó un retrato de él muy detallado. Transcribiré unas pocas líneas:

«... Feijóo fue, no solamente erudito, sino profundo crítico, profundo filósofo, y hombre de pensamientos sumamente libres y despreocupados, sin faltar en un ápice ni a la fe, ni a la ley, ni a las conveniencias sociales.» ...

Feijóo se había granjeado el efecto de Felipe V, y también el de sus hijos los príncipes Fernando y Carlos. Los tres le demostraron irrefutables pruebas de sus sentimientos, pero quizá la nota álgida salió de Fernando VI, en 1750. Los cerillos —y muy acentuadamente los ensotnados— no dejaban de pinchar al bueno de Feijóo, hasta tal extremo que el prudente rey Fernando VI intervino sin tapujos a su favor, de forma que —ni quito ni pongo rey— quizá no tenga perangón en la historia de las letras. De una Real Orden entresaco estas dispositivas líneas:

«Quiere S. M. que tenga presente el Consejo que cuando el Padre Maestro Feijóo ha merecido de S. M. tan noble declaración de lo que le agradan sus escritos, no debe haber quien se atreva a impugnarnos.» ...

Y los cinco últimos años de la vida de nuestro protagonista se deslizaron bajo el reinado del llamado rey arquitecto, el precioso Carlos III, que le colmó de honores.

J. RAIMUNDO BARTRES

CONTRA LA INQUISICION

EL PADRE FEIJOO

benedictino universal

El sabio Benito Jerónimo Feijóo y Montenegro llegó a este bajo mundo el 8 de octubre de 1676, en Casdemiro (Orense) y falleció en Oviedo el 26 de diciembre de 1764.

Su preciosa existencia de casi 88 años puede enmarcarse, por lo que a España se refiere, entre el rey más imbécil que han padecido los españoles (Carlos II) y el más bueno y eficiente (Carlos III)... Frente a los cuatro reyes de este trascendental período (Luis I no cuenta) si miramos al Vaticano nos encontraremos con ocho Papas, desde Inocencio XI a Benedicto XIV, este último, además de amigo, devoto admirador de Feijóo y sus merítimas obras... En cuanto a Francia, la Revolución que estalló un año después del reinado de nuestro Carlos III, alentada inconscientemente por el microcéfalo Luis XVI y su muy amante esposa sobre la plataforma de la Enciclopedia levantada por Diderot, Montesquieu, Voltaire, Rousseau y otros preclaros varones que, en 1751, se destaparon sin remilgos a los cuatro vientos...

Remarco tales detalles porque Feijóo ^{vivió siempre} ~~vivia~~ muy al día, no sólo atente a lo que en casa se cocía -muy poco-, sino por lo que ^{se} cocía más allá de nuestras fronteras. Este interés, este afán de saber, ya constituía pecado para ciertos acémilas reinantes en aquel entonces.

Una sola anécdota bastará para orientarnos. Ya de sí la ignorancia es despreciable, pero lo que la hace aún más despreciable es su manifiesto odio a la cultura. Y la cultura en España alcanzó quizá su más bajo nivel en tiempos del último Austria -; no olvidemos que sus propios súbditos le encasquetaron el sobrenombre de "El Hechizado"! -: pues bien, a María Luisa, su primera esposa, la obsequiaron con unos papagayos, no sé si de La Martinica, probablemente para que la distrajeran en sus muchos ratos de ocio; pero una dama de la Corte, sin duda para hacer méritos patrióticos, los mató sin compasión, "indignada de oírlos hablar francés" -que ella segurísimo no entendía-, "y aquellos míseros animales pagaron con la vida el gran delito de haber sido doctrinados en París en algunas voces de la lengua francesa", nos informa Feijóo en su Carta XVI del tomo II de su inmortal obra.

Desde las alturas se impartía, pues, el más acérrimo desprecio, odio mejor dicho, a todo lo francés.

Y vaya por delante que algunas de aquellas sebosas "lumbreras" encaramadas rebautizaron a Feijóo llamándole el "Voltaire español", con la aviesa intención de que lo purificaran tostándole en lo alto de una magnífica pira; pero los "buenos" no se salieron con la suya, porque, como veremos

más adelante, la sagacidad y diplomáticas formas de nuestro benedictino eran prácticamente ilimitadas.

x x x

Geográficamente hablando, Feijóo fue hombre de área muy reducida. Casi toda su vida se la pasó en Oviedo. Apenas viajó. A Madrid se llegó poquísimas veces, y sus estancias en la villa y corte fueron fugaces. Pero tal "falla" nada resta. Menos aún viajó Kant, quien, según afirman, jamás salió de Königsberg, lo que no impidió, hasta la fecha, que se le considere el filósofo máximo de todos los tiempos. El viajar no añade forzosa-mente cultura, de lo contrario los maquinistas de tren y los taxistas serían los primeros del orbe, y bien sabemos que no. Pero el erudito Feijóo, desde su celda, oteaba al mundo entero. Y lo que es más de admirar: los sabios del mundo sabían de esta celda y de su morador.

Al acabar el siglo XVII se acabó también para España la llamada Casa de Austria. Y, en su lugar, sentó sus reales la Casa de Borbón. Feijóo contaba en aquel entonces 24 años. Detalles muy decisivos de los que no se debe prescindir.

Comenzó, pues, el reinado más largo de la historia de España (1700-1746), el de Felipe V. En el calendario traza una paralela nada plutarquiana con la ingente labor del polígrafo benedictino, quien supo capear las irracionales embestidas de los discípulos del "piadoso" Gregorio IX -el sádico nonagenario inventor de las hogueras purificadoras que funcionaban desde el siglo XIII-, discípulos todavía enraizados en nuestra dolorida patria.

Feijóo saboreó la gloria en plena vida, gloria que le reportó mucho dinero y que en nada alteró su existencia, que habría sido de lo más placida si sus impugnadores no se hubiesen mostrado tan cerriles. Se calcula, a través de fuentes autorizadas, que a lo largo de su vida se imprimieron casi medio millón de ejemplares de sus obras en castellano; cantidad fabulosa incluso hoy. A esta elevada cifra hay que añadir las diversas traducciones al francés, italiano, inglés y alemán. Ni aproximadamente podría darse semejante cifra respecto a Calderón de la Barca, ni de Lope de Vega, ni del mismísimo Cervantes.

Las dos obras más famosas de Feijóo son Teatro Crítico (8 volúmenes aparecidos de 1726 a 1740) y Cartas Eruditas (5 volúmenes, de 1741 a 1760). La edición más valiosa quizá sea la de 1781, aparecida después de su muerte y que incluye otros dos tomos de textos póstumos.

A sus 50 años, pues, se lanzó a la palestra con el primer volumen del Teatro Crítico, en cuyo primer discurso se puede leer como una especie de obertura:

"... que también entre los Herejes hay y ha habido muchos Sabios."...
¿Se da cuenta el querido lector de lo que esta afirmación significa?...
¡En España y en 1726!

L Y, por si fuera poco, añade la siguiente contrapartida:

... que "la doctrina no siempre fue acompañada de la virtud."...

x x x

Quizá más de uno demasiado avisado sospechará que Feijóo era un hereje camuflado, o algo así equivalente a los curas comunistas de ahora. ¡Cuidado!: a los tales avisados no les entra en la mollera un sano liberalismo, son patológicamente cerrados.

Don Vicente de la Fuente nos legó un retrato de él muy detallado. Transcribire unas pocas líneas:

"... Feijóo fue, no solamente erudito, sino profundo crítico, profundo filósofo, y hombre de pensamientos sumamente libres y despreocupados, sin faltar en un ápice ni a la Fe, ni a la ley, ni a las conveniencias sociales."...

Feijóo se había granjeado el afecto de Felipe V, y también el de sus hijos los príncipes Fernando y Carlos. Los tres le demostraron irrefutables pruebas de sus sentimientos, pero quizá la nota álgida salió de Fernando VI, en 1750. Los cerriles -y muy acentuadamente los ensotados- no dejaban de pinchar al bueno de Feijóo, hasta tal extremo que el prudente rey Fernando VI intervino sin tapujos a su favor, de forma que -ni quito ni pongo rey- quizá no tenga parangón en la Historia de las Letras. De una Real Orden entresaco estas dispositivas líneas:

"Quiere S.M. que tenga presente el Consejo que cuando el Padre Maestro Feijóo ha merecido de S.M. tan noble declaración de lo que le agradan sus escritos, no debe haber quien se atreva a impugnarlos..."

Y los cinco últimos años de la vida de nuestro protagonista se deslizan bajo el reinado del llamado rey arquitecto, el preclaro Carlos III, que le colmó de honores.

x x x

Lo que no podía prever Feijóo es que a más de un siglo de su muerte aparecería un "sabio" santanderino nacido a últimos de 1856 que intentaría, en vano, borrar sus páginas: me refiero, claro es, al fanático Menéndez Pelayo, autor de la retrógrada Historia de los heterodoxos españoles.

Menéndez Pelayo murió relativamente joven, a los 55 años, en 1912, y en la actualidad apenas se lee, y si algo se le recuerda es por rotulación callejera. Con su peculiar y endiosado aldeánismo soltó "boutades" a porrillo contra el universal benedictino. Elijo tres:

"Hay en sus escritos ligerezas francesas imperdonables."...

"Filósofo con libertad y fue de todas veras, como el mismo dice con frase felicísima, CIUDADANO LIBRE DE LA REPUBLICA DE LAS LETRAS."...

... Fue, más que filósofo, pensador; más que pensador, escritor de revistas o ensayos a la inglesa. No quiero hacerle la afrenta de llamarle periodista, aunque algo tiene de eso en sus peores momentos."...

Después de ese anti^{di}plomático piropo antiperiodístico, ¿cabe añadir más a cargo del endiosado ultramontano?... Como epitafio consignemos que Menéndez Pelayo pertenecía, en espíritu, al siglo XIII, y que habría jugado un primerísimo papel a la diestra de Gregorio IX, pues no olvidemos que el ortodoxísimo santanderano se proclamó partidario de los autos de fe. ¡No sé si el Papa que los inventó se habría atrevido a tanto en los albores del siglo XX!

Y Feijóo fue un hombre, como todos los grandes hombres, que se adelantó a su época: en espíritu no pertenecía al siglo XVIII.

J. RAIMUNDO BARTRÉS